LIBROdot.com

PLATÓN

APOLOGIA DE SÓCRATES

SÓCRATES

17a No sé, atenienses, la sensación que habéis experi
mentado por las palabras de mis acusadores. Cierta
mente, bajo su efecto, incluso yo mismo he estado a
punto de no reconocerme; tan persuasivamente hablaban. Sin embargo, por así decirlo, no han dicho nada
verdadero. De las muchas mentiras que han urdido, una
me causó especial extrañeza, aquella en la que decían
que teníais que precaveros de ser engañados por mí
b porque, dicen ellos, soy hábil para hablar. En efecto, no
sentir vergüenza de que inmediatamente les voy a
contradecir con la realidad cuando de ningún modo me
muestre hábil para hablar, eso me ha parecido en ellos lo
más falto de vergüenza, si no es que acaso éstos llaman
hábil para hablar al que dice la verdad. Pues, si es eso lo
que dicen, yo estaría de acuerdo en que soy orador, pero
no al modo de ellos. En efecto, como digo, éstos han
dicho poco o nada verdadero. En cambio, vosotros vais a
oír de mí toda la verdad; ciertamente, por Zeus,
atenienses, no oiréis bellas frases, como las de éstos,
c adornadas cuidadosamente con expresiones y vocablos,
sino que vais a oír frases dichas al azar con las palabras
que me vengan a la boca; porque estoy seguro de que es
justo lo que digo, y ninguno de vosotros espere otra
cosa. Pues, por supuesto, tampoco sería adecuado, a esta
edad mía, presentarme ante vosotros como un
jovenzuelo que modela sus discursos. Además y muy
seriamente, atenienses, os suplico y pido que si me oís
hacer mi defensa con las mismas expresiones que
acostumbro a usar, bien en el ágora, encima de las mesas
de los cambistas, donde muchos de vosotros me habéis
oído, bien en otras partes, que no os cause extrañeza, ni
d protestéis por ello. En efecto, la situación es ésta. Ahora,
por primera vez, comparezco ante un tribunal a mis
setenta años. Simplemente, soy ajeno al modo de
expresarse aquí. Del mismo modo que si, en realidad,
fuera extranjero me consentiríais, por supuesto, que
hablara con el acento y manera en los que me hubiera
18a educado, también ahora os pido como algo justo, según
me parece a mí, que me permitáis mi manera de
expresarme -quizá podría ser peor, quizá mejor-
consideréis y pongáis atención solamente a si digo cosas
justas o no. Éste es el deber del juez, el deber del orador, decir
la verdad.

Ciertamente, atenienses, es justo que yo me defienda,
en primer lugar, frente a las primeras acusaciones falsas
contra mí y a los primeros acusadores; después, frente a

las últimas, y a los últimos. En efecto, desde antiguo y
b durante ya muchos años, han surgido ante vosotros
muchos acusadores míos, sin decir verdad alguna, a
quienes temo yo más que a Ánito y los suyos, aun siendo
también éstos temibles. Pero lo son más, atenienses, los
que tomándoos a muchos de vosotros desde niños
persuadían y me acusaban mentirosamente, diciendo que
hay un cierto Sócrates, sabio, que se ocupa de las cosas
celestes, que investiga todo lo que hay bajo tierra y
que hace más fuerte el argumento más débil. Éstos,
c atenienses, los que han extendido esta fama, son los
temibles acusadores míos, pues los oyentes creen también
que los que investigan eso no creen en los dioses. En
efecto, estos acusadores son muchos y me han acusado
durante ya muchos años, y además hablaban ante vosotros
en la edad en la que más podíais darles crédito, porque
algunos de vosotros erais niños o jóvenes y porque
acusaban in absentia, sin defensor presente. Lo más
d absurdo de todo es que ni siquiera es posible conocer y
decir sus nombres, si no es precisamente el de cierto
comediógrafo. Los que, sirviéndose de la envidia y la
tergiversación, trataban de persuadiros los que,
convencidos ellos mismos, intentaban convencer a otros
son los que me producen la mayor dificultad. En efecto, ni
siquiera es posible hacer subir aquí y poner en evidencia a
ninguno de ellos, sino que es necesario que yo me
defienda sin medios, como si combatiera sombras, y que
argumente sin que nadie me responda. En efecto, admitid
también vosotros, como yo digo, que ha habido dos clases
de acusadores míos, unos, los que me han acusado
recientemente, otros, a los que ahora me refiero, que me
e han acusado desde hace mucho, y creed que es preciso
que yo me defienda frente a éstos en primer lugar. Pues
también vosotros les habéis oído acusarme anteriormente
y mucho más que a estos últimos.

Dicho esto, hay que hacer ya la defensa, atenienses, e
intentar arrancar de vosotros, en tan poco tiempo, esa
19a mala opinión que vosotros habéis adquirido durante un
tiempo tan largo. Quisiera que esto resultara así, si es
mejor para vosotros y para mí, y conseguir algo con mi
defensa, pero pienso que es difícil y de ningún modo me
pasa inadvertida esta dificultad. Sin embargo, que vaya
esto por donde al dios le sea grato, debo obedecer a la ley
y hacer mi defensa.

Recojamos, pues, desde el comienzo cuál es la acusa
ción a partir de la que ha nacido esa opinión sobre mí, por
b la que Meleto, dándole crédito también, ha presentado
esta acusación pública. Veamos, ¿con qué palabras me
calumniaban los tergiversadores? Como si, en efecto, se
tratara de acusadores legales, hay que dar lectura a su
acusación jurada: «Sócrates comete delito y se mete en
lo que no debe al investigar las cosas subterráneas y
celestes, al hacer más fuerte el argumento más débil y
c al enseñar estas mismas cosas a otros». Es así, poco
más o menos. En efecto, también en la comedia de
Aristófanes veríais vosotros a cierto Sócrates que era

Comment: Sócrates pretexta una razón cronológica para hablar, primeramente, sobre los que han creado en la ciudad una imagen en la que se apoyan sus acusadores reales. Esta distinción entre primeros acusadores, que ahora no existen, y últimos acusadores articula la primera parte de la Apología.

Comment: La llama acusación, comparándola con la acusación legal. Tampoco el contenido de esta última puede ser referido a la verdadera personalidad de Sócrates, según él mismo ha indicado en sus primeras palabras ante los jueces.

Comment: Sócrates resume los conceptos vertidos sobre él durante muchos años y les da la forma de una acusación. Se trata de burdas ideas, que calan bien entre los ignorantes, en las que se mezclan conceptos atribuibles a los filósofos de la naturaleza con los propios de los sofistas, en todo caso poco piadosos. Con estas ideas aparece Sócrates representado en las Nubes de Aristófanes.

llevado de un lado a otro afirmando que volaba y decía
otras muchas necedades sobre las que yo no entiendo ni
mucho ni poco. Y no hablo con la intención de menos
preciar este tipo de conocimientos, si alguien es sabio
acerca de tales cosas, no sea que Meleto me entable
proceso con esta acusación, sino que yo no tengo nada
que ver con tales cosas, atenienses. Presento como tes
d tigos a la mayor parte de vosotros y os pido que tomen
me habéis oído dialogar alguna vez os informéis unos a
otros y os lo deis a conocer; muchos de vosotros estáis en
esta situación. En efecto, informaos unos con otros de si
alguno de vosotros me oyó jamás dialogar poco o mucho
acerca de estos temas. De aquí conozcáis que también
son del mismo modo las demás cosas que acerca de mí
la mayoría dice.

Pero no hay nada de esto, y si habéis oído a alguien
decir que yo intento educar a los hombres y que cobro
e dinero, tampoco esto es verdad. Pues también a mí me
parece que es hermoso que alguien sea capaz de educar
a los hombres como Gorgias de Leontinos, Pródico de
Ceos e Hipias de Élide. Cada uno de éstos, atenienses,
yendo de una ciudad a otra, persuaden a los jóvenes es
quienes les es posible recibir lecciones, gratuitamente
del que quieran de sus conciudadanos, que
abandonen las lecciones de éstos y reciban las suyas
20a pagándoles dinero y debiéndoles agradecimiento. Por
otra parte, está aquí otro sabio, natural de Paros, que
me he enterado de que se halla en nuestra ciudad. Me
encontré casualmente a el hombre que ha pagado a los
sofistas más dinero que todos los otros juntos, Calias
el hijo de Hipónico. A éste le pregunté —pues tiene dos
hijos—: «Callas, le dije, si tus dos hijos fueran potros o
becerros, tendríamos que tomar un cuidador de ellos y
b pagarle; éste debería hacerlos aptos y buenos en la
condición natural que les es propia, y sería un
conocedor de los caballos o un agricultor. Pero, puesto
que son hombres, ¿qué cuidador tienes la intención de
tomar? ¿Quién es conocedor de esta clase de
perfección, de la humana y política? Pues pienso que tú
lo tienes averiguado por tener dos hijos». «¿Hay alguno
o no?», dije yo. «Claro que sí», dijo él. «¿Quién, de
dónde es, por cuánto enseña?», dije yo. «Oh Sócrates
—dijo él—, Eveno de Paros, por cinco minas». Y yo
consideré feliz a Eveno, si verdaderamente posee ese
arte y enseña tan convenientemente. En cuanto a mí,
c presumiría y me jactaría, si supiera estas cosas, pero no
las sé, atenienses.

Quizá alguno de vosotros objetaría: «Pero, Sócrates,
¿cuál es tu situación, de dónde han nacido esas ter-
versaciones? Pues, sin duda, no ocupándote tú en cosa
más notable que los demás, no hubiera surgido
seguramente tal fama y renombre, a no ser que
hicieras algo distinto de lo que hace la mayoría. Dinos,
pues, qué es ello, a fin de que nosotros no juzguemos a
la ligera.» Pienso que el que hable así dice palabras
d justas y yo voy a intentar dar a conocer qué es,

Comment: Esta afirmación es también importante para distinguir a Sócrates de los sofistas. No profesa la enseñanza ni cobra por dejarse oír, lo que sí hacen aquéllos.

Comment: En la Apología procura Platón ser muy escrupuloso en cuanto a las referencias de personas que, con certeza, aún vivían en la fecha del proceso. Al citar aquí a tres famosos sofistas, omite el nombre del creador y gran impulsor de la sofística: Protágoras de Abdera, que había muerto en 415. Gorgias de Leontinos era el representante del Occidente griego en la sofística. Es, sin duda, el sofista más calificado después de Protágoras. Alcanzó una gran longevidad, pues debía de ser unos quince años mayor que Sócrates y murió algunos años después que él. Es un personaje muy interesante en otros muchos aspectos del pensamiento, pero sobre todo lo es por la manifiesta influencia de su estilo desde finales del siglo V. Esta influencia fue decisiva en la retórica y en la prosa artística. Su más caracterizado discípulo fue Isócrates. Pródico era jonio, de Yúlide de Ceos. Distinguido discípulo de Protágoras. Era hombre de poca salud y escasa voz, según lo presenta Platón en el Protágoras. Practicó sobre todo las distinciones léxicas, especialmente la sinonimia. Poco más joven que Sócrates, vivía aún, como los tres citados, a la muerte de éste. Hipias de Élide es el más joven de los tres citados. Aunque no es comparable en méritos con Protágoras y Gorgias, es una personalidad muy interesante. Platón ha escrito dos diálogos en que Hipias es interlocutor de Sócrates. Es discutida la autenticidad del Hipias Mayor.

Comment: Rico ateniense, veinte años más joven que Sócrates, cuya liberalidad para con los sofistas muestra Platón en el Protágoras.

Comment: Eveno de Paros era poeta y sofista. Citado también por Platón en el Fedón y en el Fedro.

Comment: Fama, en el sentido de una opinión generalizada que no responde a la realidad.

realmente, lo que me ha hecho este renombre y esta
fama. Oíd, pues. Tal vez va a parecer a alguno de
vosotros que bromeo. Sin embargo, sabed bien que os
voy a decir toda la verdad. En efecto, atenienses, yo no
he adquirido este renombre por otra razón que por cierta
sabiduría. ¿Qué sabiduría es esa? La que, tal vez, es
sabiduría propia del hombre; pues en realidad es
probable que yo sea sabio respecto a ésta. Éstos, de los
e que hablaba hace un momento, quizá sean sabios
respecto a una sabiduría mayor que la propia de un
hombre o no sé cómo calificarla. Hablo así, porque yo
no conozco esa sabiduría, y el que lo afirme miente y
habla en favor de mi falsa reputación. Atenienses, no
protestéis ni aunque parezca que digo algo presuntuoso;
las palabras que voy a decir no son mías, sino que voy a
remitir al que las dijo, digno de crédito para vosotros.
De mi sabiduría, si hay alguna y cuál es, os voy a
presentar como testigo al dios que está en Delfos. En
21a efecto, conocíais sin duda a Querefonte. Este era amigo
mío desde la juventud y adepto al partido democrático,
fue al destierro y regresó con vosotros. Y ya sabéis
cómo era Querefonte, qué vehemente para lo que
emprendía. Pues bien, una vez fue a Delfos y tuvo la
audacia de preguntar al oráculo —como he
dicho, no protestéis, atenienses— si preguntó si había
alguien más sabio que yo. La Pitia le respondió que
nadie era más sabio. Acerca de esto os dará testimonio
aquí este hermano suyo, puesto que él ha muerto.
b Pensad por qué digo esto: voy a mostraros de
dónde ha salido esta falsa opinión sobre mí. Así pues,
tras oír yo estas palabras reflexionaba así: «¿Qué dice
realmente el dios y qué indica en enigma? Yo tengo
conciencia de que no soy sabio, ni poco ni mucho. ¿Qué
es lo que realmente dice al afirmar que yo soy muy
sabio? Sin duda, no miente; no le es lícito.» Y durante
mucho tiempo estuve yo confuso sobre lo que en verdad
quería decir. Más tarde, a regañadientes me incliné a una
investigación del oráculo del modo siguiente. Me dirigí
a uno de los que parecían ser sabios, en la idea de que, si
en alguna parte era posible, allí refutaría el vaticinio y
c demostraría al oráculo: «Éste es más sabio que yo y tú
decías que lo era yo.» Ahora bien, al examinar a éste
pues no necesito citarlo con su nombre, era un político
aquel con el que estuve indagando y conversando—
experimenté lo siguiente, atenienses: me pareció que
otras muchas personas creían que ese hombre era sabio
y, especialmente, lo creía él mismo, pero que no lo era.
A continuación intentaba yo demostrarle que él creía ser
sabio, pero que no lo era. A consecuencia de ello, me
d gané la enemistad de él y de muchos de los presentes. Al
retirarme de allí razonaba a solas que yo era más sabio
que aquel hombre. Es probable que ninguno ni otro
sepamos nada que tenga valor, pero este hombre cree
saber algo y no lo sabe, en cambio yo, así como, en
efecto, no sé, tampoco creo saber. Parece, pues, que al
menos soy más sabio que él en esta misma pequeñez, en

Comment: Querefonte, cuya relación con Sócrates queda descrita, admiraba a éste profundamente. Aristófanes, en las Nubes, hace figurar el nombre de ambos al frente del Pensatorio.

Comment: El famoso santuario de Apolo, de prestigio panhelénico y, también, entre los no griegos. La sacerdotisa, Pythía, que tenía un papel secundario en la jerarquía délfica, pronunciaba en trance frases inconexas que eran interpretadas por los sacerdotes.

que lo que no sé tampoco creo saberlo. A continuación
me encaminé hacia otro de los que parecían ser más
sabios que aquél y saqué la misma impresión, y también
e allí me gané la enemistad de él y de muchos de los
presentes.

Después de esto, iba ya uno tras otro, sintiéndome
disgustado y temiendo que me ganaba enemistades,
pero, sin embargo, me parecía necesario dar la mayor
importancia al dios. Debía yo, en efecto, encaminarme,
indagando qué quería decir el oráculo, hacia todos los
22a que parecieran saber algo. Y, por el perro, atenien-
ses, pues es preciso decir la verdad ante vosotros, que tuve
la siguiente impresión. Me pareció que los de mayor
reputación estaban casi carentes de lo más importante
para el que investiga según el dios; en cambio, otros que
parecían inferiores estaban mejor dotados para el buen
juicio. Sin duda, es necesario que os haga ver mi camino
errante, como condenado a ciertos trabajos, a fin de que
el oráculo fuera irrefutable para mí. En efecto, tras los
políticos me encaminé hacia los poetas, los de tragedias,
b los de ditirambos y los demás, en la idea de que allí me
encontraría manifiestamente más ignorante que aquéllos.
Así pues, tomando los poemas suyos que me parecían
mejor realizados, les iba preguntando qué querían decir,
para, al mismo tiempo, aprender yo también algo de
ellos. Pues bien, me resisto por vergüenza a deciros la
verdad, atenienses. Sin embargo, hay que decirla. Por
así decir, casi todos los presentes podían hablar mejor
que ellos sobre los poemas que ellos habían compuesto.
Así pues, también respecto a los poetas me di cuenta, en
c poco tiempo, de que no hacían por sabiduría lo que
hacían, sino por ciertas dotes naturales y en estado de
inspiración como los adivinos y los que recitan los
oráculos. En efecto, también éstos dicen muchas cosas
hermosas, pero no saben nada de lo que dicen. Una
inspiración semejante me pareció a mí que
experimentaban también los poetas, y al mismo tiempo
me di cuenta de que ellos, a causa de la poesía, creían
también ser sabios respecto a las demás cosas sobre las
que no lo eran. Así pues, me alejé también de allí
creyendo que les superaba en lo mismo que a los
políticos.

En último lugar, me encaminé hacia los artesanos. Era
consciente de que yo, por así decirlo, no sabía nada, en
cambio estaba seguro de que encontraría a éstos con
d muchos y bellos conocimientos. Y en esto no me equi-
voqué, pues sabían cosas que yo no sabía y, en ello, eran
más sabios que yo. Pero, atenienses, me pareció a mí
que también los buenos artesanos incurrían en el mismo
error que los poetas: por el hecho de que realizaban
adecuadamente su arte, cada uno de ellos estimaba que
era muy sabio también respecto a las demás cosas,
incluso las más importantes, y ese error velaba su sabi-
duría. De modo que me preguntaba yo mismo, en nom-
e bre del oráculo, si preferiría estar así, como estoy, no
siendo sabio en la sabiduría de aquellos ni ignorante en

Comment: Pone su esfuerzo en comparación con los «Doce trabajos de Heracles».

su ignorancia o tener estas dos cosas que ellos tienen. Así pues, me contesté a mí mismo y al oráculo que era ventajoso para mí estar como estoy.

A causa de esta investigación, atenienses, me he creado muchas enemistades, muy duras y pesadas, de tal
23a modo que de ellas han surgido muchas tergiversaciones y el renombre éste de que soy sabio. En efecto, en cada ocasión los presentes creen que yo soy sabio respecto a aquello que refuta a otro. Es probable, atenienses, que el dios sea en realidad sabio y que, en este oráculo, diga que la sabiduría humana es digna de poco o de nada. Y parece que éste habla de Sócrates, se sirve de mi nombre poniéndome como ejemplo, como si dijera: «Es el más
b sabio, el que, de entre vosotros, hombres, conoce, como Sócrates, que en verdad es digno de nada respecto a la sabiduría.» Así pues, incluso ahora, voy de un lado a otro investigando y averiguando en el sentido del dios y creo que alguno de los ciudadanos o de los forasteros es sabio. Y cuando me parece que no lo es, prestando mi auxilio al dios, le demuestro que no es sabio. Por esta ocupación no he tenido tiempo de realizar ningún asunto de la ciudad digno de citar ni tampoco mío particular, sino que me encuentro en gran pobreza a causa del
c servicio del dios.

Se añade, a esto, que los jóvenes. que me acompañan espontáneamente —los que disponen de más tiempo, los hijos de los más ricos— se divierten oyéndome examinar a los hombres y, con frecuencia, me imitan e intentan examinar a otros, y, naturalmente, encuentran, creo yo, gran cantidad de hombres que creen saber algo pero que saben poco o nada. En consecuencia, los examinados por
d ellos se irritan conmigo, y no contra sí mismos, y dicen que un tal Sócrates es malvado y corrompe a los jóvenes. Cuando alguien les pregunta qué hace y qué enseña, no pueden decir nada, lo ignoran; pero, para no dar la impresión de que están confusos, dicen lo que es usual contra todos los que filosofan, es decir: «las cosas del cielo y lo que está bajo la tierra», «no creer en los dioses» y «hacer más fuerte el argumento más débil». Pues creo que no desearían decir la verdad, a saber, que resulta evidente que están simulando saber sin saber
e nada. Y como son, pienso yo, susceptibles y vehementes y numerosos, y como, además, hablan de mí apasionada y persuasivamente, os han llenado los oídos calumniándome violentamente desde hace mucho tiempo. Como consecuencia de esto me han acusado Meleto, Ánito y Licón; Meleto, irritado en nombre de los poetas; Anito, en el de los demiurgos y de los poli-
24a ticos, y Licón, en el de los oradores. De manera que, como decía yo al principio, me causaría extrañeza que yo fuera capaz de arrancar de vosotros, en tan poco tiempo, esta falsa imagen que ha tomado tanto cuerpo. Ahí tenéis, atenienses, la verdad y os estoy hablando sin ocultar nada, ni grande ni pequeño, y sin tomar precauciones en lo que digo. Sin embargo, sé casi con certeza que con estas palabras me voy a crear enemistades,

Comment: Sócrates desea aclarar la diferencia entre conocer la verdad y conocer lo que no es verdad.

Comment: Se conserva en la traducción el anacoluto del texto griego

lo cual es también una prueba de que digo la verdad, y que es ésta la mala fama mía y que éstas son sus causas.
b Si investigáis esto ahora o en otra ocasión, comprobaréis que es así.

Acerca de las Acusaciones que me hicieron los primeros acusadores, sea ésta suficiente defensa ante vosotros. Contra Meleto, el honrado y el amante de la ciudad, según él dice, y contra los acusadores recientes voy a intentar defenderme a continuación. Tomemos, pues, a su vez, la acusación jurada de ésta, dado que son otros acusadores. Es así: «Sócrates delinque corrompiendo a los jóvenes y no creyendo en los dioses en los que la ciudad cree, sino en otras divinidades nuevas.» Tal es la acusación. Examinémosla punto por
c punto.

Dice, en efecto, que yo delinco corrompiendo a los jóvenes. Yo, por mi parte, afirmo que Meleto delinque porque bromea en asunto serio, sometiendo a juicio con ligereza a las personas y simulando esforzarse e inquietarse por cosas que jamás le han preocupado. Voy a intentar mostraros que esto es así.

-Ven aquí, Meleto, y dime: ¿No es cierto que consideras de la mayor importancia que los jóvenes sean lo mejor posible?

d -Yo sí.

-Ea, di entonces a éstos quién los hace mejores. Pues es evidente que lo sabes, puesto que te preocupa. En efecto, has descubierto lo que los corrompe, a mí, según dices, y me traes ante estos jueces y me acusas. Vamos, di y revela quién es el que los hace mejores. ¿Estás viendo, Meleto, que callas y no puedes decirlo? Sin embargo, ¿no te parece que esto es vergonzoso y testimonio suficiente de lo que yo digo, de que este asunto no ha sido en nada objeto de tu preocupación? Pero dilo, amigo, ¿quién los hace mejores?

-Las leyes.

e -Pero no te pregunto eso, excelente Meleto, sino qué hombre, el cual ante todo debe conocer esto mismo, las leyes.

-Éstos, Sócrates, los jueces.

-¿Qué dices, Meleto, éstos son capaces de educar a los jóvenes y de hacerlos mejores?

-Sí, especialmente.

-¿Todos, o unos sí y otros no?

-Todos.

-Hablas bien, por Hera, y presentas una gran abundancia de bienhechores. ¿Qué, pues? ¿Los que escuchan los hacen
25a también mejores, o no?

-También éstos.

-¿Y los miembros del Consejo?

-También los miembros del Consejo.

-Pero, entonces, Meleto, ¿acaso los que asisten a la Asamblea, los asambleístas corrompen a los jóvenes? ¿O también aquéllos, en su totalidad, los hacen mejores?

-También aquéllos.

Comment: Termina aquí Sócrates la parte dedicada a explicar las causas de la falsa opinión que la gente tiene de él. A todos los que la han creado, bien dando origen a ella, bien difundiéndola intencionada o inintencionadamente, los llama «primeros acusadores», para distinguirlos de los que realmente presentaron la acusación, cuyo texto se cita a continuación.

Comment: El acusado podía interrogar al acusador y presentar testigos. Durante la intervención de éstos no contaba el tiempo asignado al acusado para su defensa.

Comment: Los jueces lo eran por sorteo entre los ciudadanos. Lo mismo sucedía con los miembros del Consejo. Los asistentes a la Asamblea eran todos los ciudadanos en plenitud de sus derechos.

-Luego, según parece, todos los atenienses los hacen buenos y honrados excepto yo, y sólo yo los corrompo. ¿Es eso lo que dices?

Muy firmemente digo eso.

-Me atribuyes, sin duda, un gran desacierto. Contesta me. ¿Te parece a ti que es también así respecto a los caballos? ¿Son todos los hombres los que los hacen mejores y uno sólo el que los resabia? ¿O, todo lo contrario, alguien sólo o muy b pocos, los cuidadores de caballos, son capaces de hacerlos mejores, y la mayoría, si tratan con los caballos y los utilizan, los echan a perder? ¿No es así, Meleto, con respecto a los caballos y a todos los otros animales? Sin ninguna duda, digáis que sí o digáis que no tú y Ánito. Sería, en efecto, una gran suerte para los jóvenes si uno solo los corrompe y los demás c les ayudan. Pues bien, Meleto, has mostrado suficientemente que jamás te has interesado por los jóvenes y has descubierto de modo claro tu despreocupación, esto es, que no te has cuidado de nada de esto por lo que tú me traes aquí.

Dinos aún, Meleto, por Zeus, si es mejor vivir entre ciudadanos honrados o malvados. Contesta, amigo. No te pregunto nada difícil. ¿No es cierto que los malvados hacen daño a los que están siempre a su lado, y que los buenos hacen bien?

-Sin duda.

-¿Hay alguien que prefiera recibir daño de los que están con d él a recibir ayuda? Contesta, amigo. Pues la ley ordena responder. ¿Hay alguien que quiera recibir daño?

-No, sin duda.

-Ea, pues. ¿Me traes aquí en la idea de que corrompo los jóvenes y los hago peores voluntaria o involuntariamente?

Voluntariamente, sin duda.

-¿Qué sucede entonces, Meleto? ¿Eres tú hasta tal punto más sabio que yo, siendo yo de esta edad y joven, que tú conoces que los malos hacen siempre algún mal a los más e próximos a ellos, y los buenos bien; en cambio yo, por lo visto, he llegado a tal grado de ignorancia, que desconozco, incluso, que si llego a hacer malvado a alguien de los que están a mi lado corro peligro de recibir daño de él y este mal tan grande lo hago voluntariamente, según tú dices? Esto no te lo creo yo, Meleto, y pienso que ningún otro hombre. En efecto, o no los corrompo, o si los corrompo, lo hago involuntariamente, de manera que tú en uno u otro caso 26a mientes. Y si los corrompo involuntariamente, por esta clase de faltas la ley no ordena hacer comparecer a uno aquí, sino tomarle privadamente y enseñarle y reprenderle. Pues es evidente que, si aprendo, cesaré de hacer lo que hago involuntariamente. Tú has evitado y no has querido tratar conmigo ni enseñarme; en boca, me traes aquí, donde es ley traer a los que necesitan castigo y no enseñanza.

Pues bien, atenienses, ya es evidente lo que yo decía, b que Meleto no se ha preocupado jamás por estas cosas, ni poco ni mucho. Veamos, sin embargo; dinos cómo dices que yo corrompo a los jóvenes. ¿No es evidente que, según la acusación que presentaste, enseñándoles a

creer no en los dioses en los que cree la ciudad, sino en otros espíritus nuevos? ¿No dices que los corrompo enseñándoles esto?

-En efecto, eso digo muy firmemente.

-Por esos mismos dioses, Meleto, de los que nos está
c hábla nos aún más claramente a mí y a estos hombres. En efecto, yo no puedo llegar a saber si dices que enseño a creer que existen algunos dioses y entonces yo mismo creo que hay dioses y no soy en absoluto ateo ni delinco en eso, pero no los que la ciudad cree, sino otros, y es esto lo que me inculpas, que otros, o bien afirmas que yo mismo no creo en absoluto en los dioses y enseño esto a los demás.

-Digo eso, que no crees en los dioses en absoluto.

d -Oh sorprendente Meleto, ¿para qué dices esas cosas? ¿Luego tampoco creo, como los demás hombres, que el sol y la luna son dioses?

-No, por Zeus, jueces, puesto que afirma que el sol es una piedra y la luna, tierra.

-¿Crees que estás acusando a Anaxágoras, querido Meleto? ¿Y desprecias a éstos y consideras que son desconocedores de las letras hasta el punto de no saber que los libros de Anaxágoras de Clazómenas están llenos de estos temas? Y, además, ¿aprenden de mí los jóvenes lo que de vez en cuando pueden adquirir en la
e orquestra por un dracma como mucho, y reírse de Sócrates si pretende que son suyas estas ideas, especialmente al ser tan extrañas? Pero, oh Meleto, ¿te parece a ti que soy así, que no creo que exista ningún dios?

-Ciertamente que no, por Zeus, de ningún modo. No eres digno de crédito, Meleto, incluso, según creo, para ti mismo. Me parece que este hombre, atenienses, es descarado e intemperante y que, sin más, ha presentado esta acusación con cierta insolencia, intemperancia y temeridad juvenil. Parece que trama una especie de
27a enigma para tantear: «¿Se dará cuenta ese sabio de Sócrates de que estoy bromeando y contradiciéndome, o le engañaré a él y a los demás oyentes?» Y digo esto porque es claro que éste se contradice en la acusación; es como si dijera: «Sócrates delinque no creyendo en los dioses, pero creyendo en los dioses». Esto es propio de una persona que juega.

Examinad, pues, atenienses por qué me parece que dice eso. Tú, Meleto, contéstame. Vosotros, como os
b rogué al empezar, tened presente no protestar si construyo las frases en mi modo habitual.

-¿Hay alguien, Meleto, que crea que existen cosas humanas, y que no crea que existen hombres? Que conteste, jueces, y que no proteste una y otra vez. ¿Hay alguien que no crea que existen caballos y que crea que existen cosas propias de caballos? ¿O que no existen flautistas, y sí cosas relativas al toque de la flauta? No existe esa persona, querido Meleto; si tú no quieres

Comment: La fama de Anaxágoras debía de ser grande, puesto que, por estas fechas, hacía ya 29 años que había muerto en Lámpsaco. Había vivido muchos años en Atenas en el círculo de Pericles. Aunque Sócrates, en sus comienzos, se había interesado por el pensamiento de Anaxágoras, cuyas ideas le eran perfectamente conocidas, aprovecha esta ocasión para precisar que su pensamiento no tiene relación con el de los filósofos de la naturaleza.

Comment: Probablemente un lugar en el ágora en el que se ejercía el comercio de libros. No se trata de la orquestra del teatro.

responder, te lo digo yo a ti y a estos otros. Pero, res
ponde, al menos, a lo que sigue.

-¿Hay quien crea que hay cosas propias de divini
c dades, y que no crea que hay divinidades?

-No hay nadie.

-¡Qué servicio me haces al contestar, aunque sea a regañadientes, obligado por éstos! Así pues, afirmas que yo creo y enseño cosas relativas a divinidades, sean nuevas o antiguas; por tanto, según tu afirmación, y además lo juraste eso en tu escrito de acusación, creo en lo relativo a divinidades. Si creo en cosas relativas a divinidades, es sin duda de gran necesidad que yo crea que hay divinidades. ¿No es así? Sí lo es. Supongo que estás de acuerdo, puesto que no contestas. ¿No creemos
d que las divinidades son dioses o hijos de dioses? ¿Lo afirmas o lo niegas?

-Lo afirmo.

-Luego si creo en las divinidades, según tú afirmas, y si las divinidades son en algún modo dioses, esto seria lo que yo digo que presentas como enigma y en lo que bromeas, al afirmar que yo no creo en los dioses y que, por otra parte, creo en los dioses, puesto que creo en las divinidades. Si, a su vez, las divinidades son hijos de los dioses, bastardos nacidos de ninfas o de otras mujeres, según se suele decir, ¿qué hombre creería que hay hijos de dioses y que no hay dioses? Sería, en efecto, tan
e absurdo como si alguien creyera que hay hijos de caballos y burros, los mulos, pero no creyera que hay caballos y burros. No es posible, Meleto, que hayas presentado esta acusación sin el propósito de ponernos a prueba, o bien por carecer de una imputación real de la que acusarme. No hay ninguna posibilidad de que tú persuadas a alguien, aunque sea de poca inteligencia, de que una misma persona crea que hay cosas relativas a las
28a divinidades y a los dioses y, por otra parte, que esa persona no crea en divinidades, dioses ni héroes.

Pues bien, atenienses, me parece que no requiere mucha defensa demostrar que yo no soy culpable respecto a la acusación de Meleto, y que ya es suficiente lo que ha dicho.

Comment: Con estas palabras, da por terminada Sócrates su defensa frente a la acusación real presentada contra él. El resto del tiempo concedido para la defensa lo va a dedicar a justificar su forma de vida y a demostrar que es beneficiosa para la ciudad Y digna de ser seguida por todos los hombres.

Lo que yo decía antes, a saber, que se ha producido gran enemistad hacia mí por parte de muchos, sabed bien que es verdad. Y es esto lo que me va a condenar, si me condena, no Meleto ni ánito sino la calumnia y la envidia de muchos. Es lo que ya ha condenado a otros muchos hombres buenos y los seguirá condenando. No
b hay que esperar que se detenga en mí.

Quizá alguien diga: «¿No te da vergüenza, Sócrates, haberte dedicado a una ocupación tal por la que ahora corres peligro de morir?» A éste yo, a mi vez, le diría unas palabras justas: «No tienes razón, amigo, si crees que un hombre que sea de algún provecho ha de tener en cuenta el riesgo de vivir o morir, sino el examinar solamente, al obrar, si hace cosas justas o injustas y
c actos propios de un hombre bueno o de un hombre malo.

De poco valor serían; según tu idea, cuantos dioses
murieron en Troya y, especialmente, el hijo de Tetis
cual, ante la idea de aceptar algo deshonroso, despreció
el peligro hasta el punto de que, cuando estaba de
matar a Héctor, su madre, que era diosa, le dijo, según
creo, algo así como: «Hijo, si vengas la muerte de tu
compañero Patroclo y matas a Héctor; tú mismo
morirás, pues el destino está dispuesto para ti inme-
d diatamente después de Héctor»; él, tras oír esto, desdeñó
la muerte y el peligro, temiendo mucho más vivir
siendo cobarde sin vengar a los amigos, y dijo «Que
muera yo en seguida después de haber hecho justicia al
culpable, a fin de que no quede yo aquí junto a las
cóncavas naves, siendo objeto de risa, inútil peso de la
tierra.» ¿Crees que pensó en la muerte y en el peligro?
Pues la verdad es lo que voy a decir, atenienses. En
el puesto en el que uno se coloca porque considera que
es el mejor, o en el que es colocado por un superior,
allí debe, según creo, permanecer y arriesgarse sin
tener en cuenta ni la muerte ni cosa alguna, más que la
deshonra. En efecto, atenienses, obraría yo indigna-
mente, si, al asignarme un puesto los jefes que vosotros
elegisteis para mandarme en Potidea, en Anípolis y en
Delion, decidí permanecer como otro cualquiera allí
donde ellos me colocaron y corrí, entonces, el riesgo de
e morir, y en cambio ahora, al ordenarme el dios, según
he creído y aceptado, que debo vivir filosofando y
examinándome a mí mismo y a los demás, abandonara
mi puesto por temor a la muerte o a cualquier otra cosa.
Sería indigno y realmente alguien podría con justicia
29a traerme ante el tribunal diciendo que no creo que hay
dioses, por desobedecer al oráculo, temer la muerte y
creerme sabio sin serlo. En efecto, atenienses, temer la
muerte no es otra cosa que creer ser sabio sin serlo,
pues es creer que uno sabe lo que no sabe. Pues nadie
conoce la muerte, ni siquiera si es, precisamente, el
mayor de todos los bienes para el hombre, pero la
temen como si supieran con certeza que es el mayor de
los males. Sin embargo, ¿cómo no va a ser la más
b reprochable ignorancia la de creer saber lo que no se
sabe? Yo, atenienses, también quizá me diferencio en
esto de la mayor parte de los hombres, y, por
consiguiente, si dijera que soy más sabio que alguien
en algo, sería en esto, en que no sabiendo
suficientemente sobre las cosas de ultratumba, también
reconozco no saberlo. Pero sí sé que es malo y
vergonzoso cometer injusticia y desobedecer al que es
mejor, sea dios u hombre. En comparación con los
males que sé que son males, jamás temeré ni evitaré lo
c que no sé si es incluso un bien. De manera que si ahora
vosotros me dejarais libre no haciendo caso a Anito, el
cual dice que o bien era absolutamente necesario que
yo no hubiera comparecido aquí o que, puesto que he
comparecido, no es posible no condenarme a muerte,
explicándoos que, si fuera absuelto, vosotros, mis hijos,
poniendo inmediatamente en práctica las cosas que

Comment: Aquiles, que conociendo que debía morir inmediatamente después de Héctor, obró como se indica a continuación. Las palabras de Tetis y de Aquiles, citadas en la Apología responden resumida y aproximadamente a Ilíada XVIII 96-104. Los héroes homéricos tenían valor de ejemplaridad entre los griegos.

Comment: Potidea, Anípolis y Delion son batallas en las que luchó Sócrates como hoplita y que tuvieron lugar, respectivamente, en 429, 422 y 424. Aunque para su presencia en Potidea y Delio hay otros testimonios, la referencia a Anípolis se encuentra sólo aquí. Sócrates tenía a gala no haber abandonado Atenas más que en servicio de la patria.

Comment: Aquí, a diferencia de 40e, donde tiene el sentido de morada de los muertos, expresa lo que sigue a la muerte.

Sócrates enseña, se corromperían todos los tenaz, y
si, además, me dijerais: «Ahora, Sócrates, no vamos a
hacer caso a Ánito, sino que te dejamos libre, a
condición, sin embargo, de que no gastes ya más tiem
po en esta búsqueda y de que no filosofes, y si eres
d sorprendido haciendo aún esto, morirás»; si, en efecto, como
dije, me dejarais libre con esta condición, yo os diría: «Yo,
atenienses, os aprecio y os quiero, pero voy a obedecer al dios
más que a vosotros y, mientras aliento y sea capaz, es seguro
que no dejaré de filosofar, de exhortaros y de hacer
manifestaciones al que de vosotros vaya encontrando,
diciéndole lo que acostumbro: Mi buen amigo, siendo
ateniense, de la ciudad más grande y más prestigiada en
sabiduría y poder, ¿no te avergüenzas de preocuparte de cómo
tendras las mayores riquezas y la mayor fama y los mayores
e honores, y, en cambio no te preocupas ni interesas por la inte
ligencia, la verdad y por cómo tu alma va a ser lo mejor
posible?'.» Y si alguno de vosotros discute y dice que se
preocupa, no pienso dejarlo al momento y marcharme, sino
que le voy a interrogar, a examinar y a refutar, y, si me parece
30a que no ha adquirido la virtud y dice que sí, le reprocharé que
tiene en menos lo digno de más y tiene en mucho lo que vale
poco. Haré esto con el que me encuentre, joven o viejo,
forastero o ciudadano, y más con los ciudadanos por cuanto
más próximos estáis a mí por origen. Pues, esto lo manda el
dios, sabedlo bien, y yo creo que todavía no os ha surgido
mayor bien en la ciudad que mi servicio al dios. En efecto, voy
b por todas partes sin hacer otra cosa que intentar persuadiros, a
jóvenes y viejos, a no ocuparos ni de los cuerpos ni de los
bienes antes que del alma ni, con tanto afán, a fin de que ésta
sea lo mejor posible, diciéndoos: «No sale de las riquezas la
virtud para los hombres, sino de la virtud, las riquezas y todos
los otros bienes, tanto los privados como los públicos.» Si co
rrompo a los jóvenes al decir tales palabras, éstas serían
dañinas. Pero si alguien afirma que yo digo otras cosas, no
dice verdad. A esto yo añadiría «Atenienses, haced caso o no a
Anito, dejadme o no en libertad, en la idea de que no voy a
c hacer otra cosa, aunque hubiera de morir muchas veces.»

No protestéis, atenienses, sino manteneos en aquello que os
supliqué, que no protestéis por lo que digo, sino que escuchéis.
Pues, incluso, vais a sacar provecho escuchando, según creo.
Ciertamente, os voy a decir algunas otras cosas por las que
quizá gritaréis. Pero no hagáis eso de ningún modo. Sabed
bien que si me condenáis a muerte, siendo yo cual digo que
soy, no me dañaréis a mí más que a vosotros mismos. En
efecto, a mí no me causarían ningún daño ni Meleto ni ánito;
cierto que tampoco podrían, porque no creo que sea lícito
d esté permitido que un hombre bueno reciba daño de otro malo.
Ciertamente, podría quizá matarlo o desterrarlo o quitarle los
derechos ciudadanos. Éste y algún otro creen, quizá, que estas
cosas son grandes males; en cambio yo no lo creo así, pero sí
creo que es un mal mucho mayor hacer lo que éste hace ahora:
intentar condenar a muerte a un hombre injustamente.

Ahora, atenienses, no trato de hacer la defensa en mi favor,
como alguien podría creer, sino en el vuestro, no sea que al
condenarme cometáis un error respecto a la dádiva del dios

e para vosotros. En efecto, si me condenáis a muerte, no encontraréis fácilmente, aunque sea un tanto ridículo decirlo, a otro semejante colocado en la ciudad por el dios del mismo modo que, junto a un caballo grande y noble pero un poco lento por su tamaño, y que necesita ser aguijoneado por una especie de tábano, según creo, el dios me ha colocado junto a la ciudad para una función semejante, y como tal, despertándoos, persuadiéndoos y reprochándoos uno a uno, no cesaré durante todo el día de posarme en todas partes. No
31a llegaréis a tener fácilmente otro semejante, atenienses, y si me hacéis caso, me dejaréis vivir. Pero, quizá, irritados, como los que son despertados cuando cabecean somnolientos, dando un manotazo me condenaréis a muerte a la ligera, haciendo caso a Anito. Después, pasaríais el resto de la vida durmiendo, a no ser que el dios, cuidándose de vosotros, os enviara otro. Comprenderéis, por lo que sigue, que yo soy precisamente el hombre adecuado
b para ser ofrecido por el dios a la ciudad. En efecto, no parece humano que yo tenga descuidados todos mis asuntos y que, durante tantos años, soporte que mis bienes familiares estén en abandono, y, en cambio, esté siempre ocupándome de lo vuestro, acercándome a cada uno privadamente, como un padre o un hermano mayor, intentando convencerle de que se preocupe por la virtud. Y si de esto obtuviera provecho o cobrara un salario al haceros estas recomendaciones, tendría alguna justificación. Pero la verdad es que, incluso vosotros mismos lo veis, aunque los acusadores han hecho otras acusaciones tan desvergonzadamente, no
c han sido capaces, presentando un testigo, de llevar su desvergüenza a afirmar que yo alguna vez cobré o pedí a alguien una remuneración. Ciertamente yo presento, me parece, un testigo suficiente de que digo la verdad: mi pobreza.

Quizá pueda parecer extraño que yo privadamente, yendo de una a otra parte, dé estos consejos y me meta en muchas cosas, y no me atreva en público a subir a la tribuna del pueblo y dar consejos a la ciudad. La causa de esto es lo que vosotros me habéis oído decir muchas veces, en muchos lugares, a saber, que hay junto a mí
d algo divino y (demónico) que esto también lo incluye en la acusación Meleto burlándose. Está conmigo desde niño, toma forma de voz y, cuando se manifiesta, siempre me disuade de lo que voy a hacer, jamás me incita. Es esto lo que se opone a que yo ejerza la política, y me parece que se opone muy acertadamente. En efecto, sabed bien, atenienses, que si yo hubiera intentado anteriormente realizar actos políticos, habría muerto hace tiempo y no os habría sido útil a vosotros
e ni a mí mismo. Y no os irritéis conmigo porque digo la verdad. En efecto, no hay hombre que pueda salvar la vida, si se opone noblemente a vosotros o a cualquier otro pueblo y si trata de impedir que sucedan en la ciudad muchas cosas injustas e ilegales; por el
32a contrario, es necesario que el que, en realidad, lucha

Comment: Sócrates justifica por qué ha ejercido privadamente su saber en beneficio de Atenas y no lo ha hecho desde la actividad política. Introduce la presencia de un espíritu disuasor.

por la justicia, si pretende vivir un poco de tiempo, actúe privada y no públicamente.

Y, de esto, os voy a presentar pruebas importantes, no palabras, sino lo que vosotros estimáis, hechos. Oíd lo que me ha sucedido, para que sepáis que no cedería ante nada contra lo justo por temor a la muerte, y al no ceder, al punto estaría dispuesto a morir. Os voy a decir cosas vulgares y legítimas, pero verdaderas. En efecto, atenienses, yo no ejercí ninguna otra magistra
b tura en la ciudad, pero fui miembro del Consejo. Casualmente ejercía la pritanía nuestra tribu, la Antiíóquide, cuando vosotros decidisteis, injustamente, como después todos reconocisteis, juzgar en un solo juicio a los diez generales que no habían recogido a los náufragos del combate naval. En aquella ocasión yo solo entre los prítanes me enfrenté a vosotros para que no se hiciera nada contra las leyes y voté en contra. Y estando dispuestos los oradores a enjuiciarme y detenerme, y animándoles vosotros a ello y dando gritos,
c creí que debía afrontar el riesgo con la ley y la justicia antes de, por temor a la cárcel o a la muerte, unirme a vosotros que estabais decidiendo cosas injustas. Y esto, cuando la ciudad aún tenía régimen. democrático. Pero cuando vino la oligarquía, los Treinta me hicieron llamar al Tolo, junto con otros cuatro, y me ordenaron traer de Salamina a León el salaminio para darle muerte; pues ellos ordenaban muchas cosas de este tipo también a otras personas, porque querían cargar de culpas al mayor número posible. Sin embargo, yo mostré también en esta ocasión, no con palabras, sino
d con hechos, que a mí la muerte, si no resulta un poco rudo decirlo, me importa un bledo, pero que, en cambio, me preocupa absolutamente no realizar nada injusto e impío. En efecto, aquel gobierno, aun siendo tan violento, no me atemorizó como para llevar a cabo un acto injusto, sino que, después de salir del Tolo, los otros cuatro fueron a Salamina y trajeron a León, y yo salí y me fui a casa. Y quizá habría perdido la vida por esto, si el régimen no hubiera sido derribado rápida
e mente. De esto, tendréis muchos testigos.

¿Acaso creéis que yo habría llegado a vivir tantos años, si me hubiera ocupado de los asuntos públicos y, al ocuparme de ellos como corresponde a un hombre honrado, hubiera prestado ayuda a las cosas justas y considerado esto lo más importante, como es debido? Está muy lejos de ser así. Ni tampoco ningún otro hombre. En
33a cuanto a mí, a lo largo de toda mi vida, si alguna vez he realizado alguna acción pública, me he mostrado de esta condición, y también privadamente, sin transigir en nada con nadie contra la justicia ni tampoco con ninguno de los que, creando falsa imagen de mí, dicen que son discípulos míos. Yo no he sido jamás maestro de nadie. Si cuando yo estaba hablando y me ocupaba de mis cosas, alguien, joven o viejo, deseaba escucharme, jamás se lo impedí a nadie. Tampoco dialogo cuando recibo dinero y dejo de dialogar si no lo recibo, antes bien me ofrezco, para que

Comment: El Consejo (llamado «Consejo de los Quinientos») estaba constituido por cincuenta miembros de cada una de las diez tribus. Se dividía el año en diez períodos, en cada uno de los cuales ejercía el gobierno y presidía el Consejo cada una de las tribus (tribu en pritanía). Los cincuenta miembros de la tribu en funciones se llamaban prítanes. En esta época, los cargos que ejercían los prítanes, algunos por un solo día, se asignaban por sorteo; también se había efectuado sorteo para nombrar a los cincuenta representantes de cada tribu.

Comment: La batalla naval de las islas Arginusas en el año 406 terminó con la victoria de los generales atenienses sobre los espartanos. Una tormenta impidió recoger a los náufragos propios. A esta circunstancia se unieron intrigas políticas que determinaron la instrucción de un proceso y la condena a muerte de los generales victoriosos. Era ilegal juzgarlos en un solo juicio. Sócrates, con evidente peligro, fue el único de los prítanes que se opuso. (JEN., Hel. I 6.)

Comment: «Los Treinta» es el nombre dado al duro gobierno de treinta oligarcas atenienses impuesto por Esparta poco después de la rendición de Atenas en 404. Se reunían en el Tolo.

b me pregunten, tanto al rico como al pobre, y lo mismo si
alguien prefiere responder y escuchar mis preguntas. Si
alguno de éstos es luego un hombre honrado o no lo es,
no podría yo, en justicia, incurrir en culpa; a ninguno de
ellos les ofrecí nunca enseñanza alguna ni les instruí. Y si
alguien afirma que en alguna ocasión aprendió o oyó de
mí en privado algo que no oyeran también todos los
demás, sabed bien que no dice la verdad.

¿Por qué, realmente, gustan algunos de pasar largo
c tiempo a mi lado? Lo habéis oído ya, atenienses; os he
dicho toda la verdad. Porque les gusta oírme examinar
a los que creen ser sabios y no lo son. En verdad, es
agradable. Como digo, realizar este trabajo me ha sido
encomendado por el dios por medio de oráculos, de
sueños y de todos los demás medios con los que alguna
vez alguien, de condición divina, ordenó a un hombre
hacer algo. Esto, atenienses, es verdad y fácil de com
probar. Ciertamente, si yo corrompo a unos jóvenes
d ahora y a otros los he corrompido ya, algunos de ellos,
creo yo, al hacerse mayores, se darían cuenta de que,
cuando eran jóvenes, yo les aconsejé en alguna ocasión
algo malo, y sería necesario que subieran ahora a la
tribuna, me acusaran y se vengaran. Si ellos no quieren,
alguno de sus familiares, padres, hermanos u otros pa
rientes; si sus familiares recibieron de mí algún daño,
tendrían que recordarlo ahora y vengarse. Por todas partes
están presentes aquí muchos de ellos a los que yo
viendo. En primer lugar, este Critón, de mi misma edad y
demo, padre de Critobulo, también presente; después,
e Lisanias de Esfeto, padre de Esquines, que está aquí; luego
Antifón de Cefisia, padre de Epígenes; además, están
presentes otros cuyos hermanos han estado en esta
ocupación, Nicóstrato, el hijo de Teozótides y hermano de
Teódoto-Teódoto ha muerto, así que no podría rogarle que
no me acusara-, Paralio, hijo de Demódoco, cuyo hermano
34a era Téages; Adimanto, hijo de Aristón, cuyo hermano es
Platón, que está aquí; Ayantodoro, cuyo hermano, aquí
presente, es Apolodoro. Puedo nombraros a otros muchos,
a alguno de los cuales Meleto debía haber presentado
especialmente como testigo en su discurso. Si se olvidó
entonces, que lo presente ahora, ya se lo permito- y que
diga si dispone de alguno de éstos. Pero vais a encontrar
todo lo contrario, atenienses, todos están dispuestos a
ayudarme a mí, al que corrompe, al que hace mal a sus
b familiares, como dicen Meleto y Ánito. Los propios
corrompidos tendrían quizá motivo para ayudarme, pero los
no corrompidos, hombres ya mayores, los parientes de
éstos no tienen otra razón para ayudarme que la recta y la
justa, a saber, que tienen conciencia de que Meleto miente
y de que yo digo la verdad.

Sea, pues, atenienses; poco más o menos, son éstas y,
quizá, otras semejantes las cosas que podría alegar en mi
defensa. Quizá alguno de vosotros se irrite, al acordarse de
c sí mismo, si él, sometido a un juicio de menor importancia
que éste, rogó y suplicó a los jueces con muchas lágrimas,
trayendo a sus hijos para producir la mayor compasión

Comment: Las personas citadas eran amigos fieles de Sócrates. Critón está configurado en el diálogo que lleva su nombre. Esquines de Esfeto fue también presente en la muerte de Sócrates. Tras la muerte del maestro se trasladó a Sicilia, donde residió muchos años antes de regresar a Atenas. Epígenes, del demo de Cefisia, estuvo también presente en la muerte de Sócrates. Nicóstrato no nos es conocido por otras referencias. Téages, ateniense, hijo de Demódoco, está nombrado ya como fallecido en la fecha del proceso. Es interlocutor de Sócrates en el diálogo apócrifo de su nombre. Adimanto, el hermano mayor de Platón, es interlocutor de Sócrates en la República. Apolodoro aparece también en el Banquete 172b, y en el Fedón 59a y 117d.

Comment: Las últimas palabras de Sócrates antes de votar los jueces tienen una creciente tensión dramática. Así como ánito había dicho que no se debía haber procesado a Sócrates, o que, una vez procesado, era necesario condenarlo a muerte, así también Sócrates sabía que tenía que renunciar a toda su labor pasada adoptando una actitud suplicante o mantenerse firme, con el casi seguro riesgo de ser condenado a muerte.

posible y, también, a muchos de sus familiares y amigos
en cambio, yo no hago nada de eso, aunque corro el
máximo peligro, según parece. Tal vez alguno, al pensar
esto, se comporte más duramente conmigo e, irritado por
d estas mismas palabras, dé su voto con ira. Pues bien, si
alguno de vosotros es así, ciertamente yo no lo creo, pero
si, no obstante, es así, me parece que le diría las palabras
adecuadas, al decirle: «También yo, amigo, tengo parientes.
Y, en efecto, me sucede lo mismo que dice Homero,
tampoco yo he nacido de una encina ni de una roca, sino de
hombres, de manera que también yo tengo parientes y por
cierto, atenienses, tres hijos, uno ya adolescente y dos
niños». Sin embargo, no voy a hacer subir aquí a ninguno
de ellos y suplicaros que me absolváis. ¿Por qué no voy a
hacer nada de esto? No por arrogancia, atenienses, ni por
e desprecio a vosotros. Si yo estoy confiado con respecto a
la muerte o no lo estoy, ese es otra cuestión. Pero en lo
que toca a la reputación, la mía, la vuestra y la de toda la
ciudad, no me parece bien, tanto por mi edad como por
el renombre que tengo, sea verdadero o falso, que yo
35a haga nada de esto, pero es opinión general que Sócrates
se distingue de la mayoría de los hombres. Si aquellos
de vosotros que parecen distinguirse por su sabiduría,
valor u otra virtud cualquiera se comportaran de este
modo, sería vergonzoso. A algunos que parecen tener
algún valor los he visto muchas veces comportarse así
cuando son juzgados, haciendo cosas increíbles porque
creían que iban a soportar algo terrible si eran con-
denados a muerte, como si ya fueran a ser inmortales si
vosotros no los condenarais. Me parece que éstos llenan
de vergüenza a la ciudad, de modo que un extranjero
b podría suponer que los atenienses destacados en sabi-
a los que sus ciudadanos prefieren en la elección de
magistraturas y otros honores, ésos en nada se dis
tinguen de las mujeres. Ciertamente, atenienses, ni vos
otros, los que destacáis en alguna cosa, debéis hacer
esto, ni, si lo hacemos nosotros, debéis permitirlo, sino
dejar bien claro que condenaréis al que introduce estas
escenas miserables y pone en ridículo a la ciudad,
mucho más que al que conserva la calma.

Aparte de la reputación, atenienses, tampoco me pare-
c ce justo suplicar a los jueces y quedar absuelto por haber
suplicado, sino que lo justo es informarlos y
persuadirlos. Pues no está sentado el juez para conceder
por favor lo justo, sino para juzgar; además, al jurado
no. hacer favor a los que le parezca, sino juzgar con
arreglo a las leyes. Por tanto, es necesario que nosotros
no os acostumbremos a jurar en falso y que vosotros no
os acostumbréis, pues ni unos ni otros obraríamos
piadosamente. Por consiguiente, no estiméis, atenienses,
que yo debo hacer ante vosotros actos que considero que
no son buenos, justos ni piadosos, especialmente, por
d Zeus, al estar acusado de impiedad por este Meleto.
Pues, evidentemente, si os convenciera y os forzara con
mis súplicas, a pesar de que habéis jurado, os estaría
enseñando a no creer que hay dioses y simplemente, al

Comment: Se trata de prácticas que eran frecuentes en juicios en los que la sentencia podía ser la pena capital.

intentar defenderme, me estaría acusando de que no creo en los dioses. Pero está muy lejos de ser así, pues creo, atenienses, como ninguno de mis acusadores, y dejo a vosotros y al dios que juzguéis sobre mí del modo que vaya a ser mejor para mí y para vosotros.

e Al hecho de que no me irrite, atenienses, ante lo su
36a cedido, es decir, ante que me hayáis condenado, con tribuyen muchas cosas y, especialmente, que lo sucedido no ha sido inesperado para mi, si bien me extraña mucho más el número de votos resultante de una y otra parte. En efecto, no creía que iba a ser por tan poco, sino por mucho. La realidad es que, según parece, si sólo tres votos hubieran caído de la otra parte, habría sido absuelto. En todo caso, según me parece, incluso ahora he sido absuelto respecto a Meleto, y no sólo absuelto, sino que es evidente para todos que, si no hubieran comparecido ánito y Licón para acusarme, quedaría é condenado incluso a pagar mil dracmas por no haber
b alcanzado la quinta parte de los votos.

Así pues, propone para mí este hombre la pena de muerte. Bien, ¿y yo qué os propondré a mi vez, atenienses? ¿Hay alguna duda de que propondré lo que merezco? ¿Qué es eso entonces? ¿Qué merezco sufrir o pagar porque en mi vida no he tenido sosiego, y he abandonado las cosas de las que la mayoría se ocupa: los negocios, la hacienda familiar, los mandos militares, los discursos en la asamblea, cualquier magistratura, las alianzas y luchas de partidos que se producen en la ciudad, por considerar que en realidad soy demasiado
c honrado como para conservar la vida si me encaminaba a estas cosas? No iba donde no fuera de utilidad para vosotros o para mí, sino que me dirigía a hacer el mayor bien a cada uno en particular, según yo digo; iba allí, intentando convencer a cada uno de vosotros de que no se preocupara de ninguna de sus cosas antes de preocuparse de ser él mismo lo mejor y lo más sensato posible, ni que tampoco se preocupara de los asuntos de
d la ciudad antes que de la ciudad misma y de las demás cosas según esta misma idea. Por consiguiente, ¿qué merezco que me pase por ser de este modo? Algo bueno, atenienses, si hay que proponer en verdad según el merecimiento. Y, además, un bien que sea adecuado para mí. Así, pues, ¿qué conviene a un hombre pobre, benefactor y que necesita tener ocio para exhortaras a vosotros? No hay cosa que le convenga más, atenienses, que el ser alimentado en el Pritaneo con más razón que si alguno de vosotros en las Olimpiadas ha alcanzado la victoria en las carreras de caballos, de bigas o de cuadrigas. Pues éste os hace parecer felices, y yo os
e hago felices, y éste en nada necesita el alimento, y yo sí lo necesito. Así, pues, si es preciso que yo proponga lo merecido con arreglo a lo justo, propongo esto: la
37a manutención en el Pritaneo.

Quizá, al hablar así, os parezca que estoy hablando lleno de arrogancia, como cuando antes hablaba de

Comment: Sócrates ha sido declarado culpable de la acusación. Para los datos numéricos, ver la Introducción. Si el acusador no conseguía la quinta parte de los votos de los jueces, debía pagar mil dracmas.

Comment: Meleto ha propuesto la pena de muerte. El tribunal no puede más que elegir entre las des propuestas. En las circunstancias del momento, Sócrates tenía que admitir una culpabilidad o exponerse a que el tribunal tuviera que elegir la pena de muerte. La decisión, que Sócrates seguramente tenía prevista desde antes del juicio, fue la de no aceptar la culpabilidad.

Comment: En el Pritaneo, establecido en el Tolo, podían comer las personas a las que la ciudad juzgaba como sus benefactores. Este honor era muy estimado.

b

lamentaciones y súplicas. No es así, atenienses, sino más
bien, de este otro modo. Yo estoy persuadido de que no
hago daño a ningún hombre voluntariamente, pero no
consigo convenceros a vosotros de ello, porque hemos
dialogado durante poco tiempo. Puesto que, si tuvieráis
una ley, como la tienen otros hombres, que ordenara no
decidir sobre una pena de muerte en un solo día, sino en
muchos, os convenceríais. Pero, ahora, en poco tiempo
no es fácil liberarse de grandes calumnias. Pero, persuadido,
como estoy, de que no hago daño a nadie, me hallo muy
lejos de hacerme daño a mí mismo, de decir contra mí
que soy merecedor de algún daño y de proponer para mí
algo semejante. ¿Por, qué temor iba a hacerlo? ¿Acaso
por el de no sufrir lo que ha propuesto Meleto y que yo
afirmo que no sé si es un bien o un mal? ¿Para evitar
esto, debo elegir algo que sé con certeza que es un mal y
proponerlo para mí? ¿Tal vez, la prisión? ¿Y por qué he
de vivir yo en la cárcel siendo esclavo de los
magistrados que, sucesivamente, ejerzan su cargo en
ella, los Once? ¿Quizá, una multa y estar en prisión
hasta que la pague? Pero esto sería lo mismo que lo
anterior, pues no tengo dinero para pagar. ¿Entonces
propondría el destierro? Quizá vosotros aceptaríais esto.
¿No tendría yo, ciertamente, mucho amor a la vida, si
fuera tan insensato como para no poder reflexionar que
vosotros, que sois conciudadanos míos, no habéis sido
capaces de soportar mis conversaciones y
razonamientos, sino que os han resultado lo bastante
pesados y molestos como para que ahora intentéis libra
ros de ellos, y que acaso otros los soportarán fácilmente?
Está muy lejos de ser así, atenienses. ¡Sería, en efecto,
una hermosa vida para un hombre de mi edad salir de mi
ciudad y vivir yendo expulsado de una ciudad a otra!
Sé con certeza que, donde vaya, los jóvenes escucharán
mis palabras, como aquí. Si los rechazo, ellos me
expulsarán convenciendo a los mayores. Si no los
rechazo, me expulsarán sus padres y familiares por
causa de ellos.

Quizá diga alguno: «¿Pero no serás capaz de vivir
alejado de nosotros en silencio y llevando una vida
tranquila?» Persuadir de esto a algunos de vosotros es
lo más difícil. En efecto, si digo que eso es
desobedecer al dios y que, por ello, es imposible llevar
38a una vida tranquila, no me creeréis pensando que hablo
irónicamente. Si, por otra parte, digo que el mayor bien
para un hombre es precisamente éste, tener
conversaciones cada día acerca de la virtud y de los
otros temas de los que vosotros me habéis oído
dialogar cuando me examinaba a mí mismo y a otros, y
si digo que una vida sin examen no tiene objeto vivirla
para el hombre, me creeréis aún menos. Sin embargo,
la verdad es así, como yo digo, atenienses, pero no es
fácil convenceros. Además, no estoy acostumbrado a
b considerarme merecedor de ningún castigo.
Ciertamente, si tuviera dinero, propondría la cantidad
que estuviera en condiciones de pagar; el dinero no

sería ningún daño. Pero la verdad es que no lo tengo, a
no ser que quisierais aceptar lo que yo podría pagar.
Quizá podría pagaros una mina de plata. Propongo, por
tanto, esa cantidad. Ahí fiad, atenienses, Critón,
Critobulo y Apolodoro me piden que proponga treinta
minas y que ellos salen fiadores. Así pues, propongo
esa cantidad. Éstos serán para vosotros fiadores dignos
de crédito.

Comment: Sus amigos en el público advirtieron en seguida que la oferta de una mina conducía directamente a que el tribunal aceptara la propuesta de Meleto. Sócrates aceptó proponer las treinta minas. No hay razón para pensar que esta oferta no se produjo.

c Por no esperar un tiempo no largo, atenienses, vais a
tener la fama y la culpa, por parte de los que quieren
difamar a la ciudad, de haber matado a Sócrates, un
sabio. Pues afirmarán que soy sabio, aunque no lo soy,
los que quieren injuriaros. En efecto, si hubierais es
perado un poco de tiempo, esto habría sucedido por sí
mismo. Veis, sin duda, que mi edad está ya muy avan
zada en el curso de la vida y próxima a la muerte. No
digo estas palabras a todos vosotros, sino a los que me
han condenado a muerte. Pero también digo a ellos
d lo siguiente. Quizá creéis, atenienses, que yo he sido
condenado por faltarme las palabras adecuadas para
haberos convencido, si yo hubiera creído que era pre
ciso hacer y decir todo, con tal de evitar la condena.
Está muy lejos de ser así. Pues bien, he sido condenado
por falta no ciertamente de palabras, sino de osadía y
desvergüenza, y por no querer deciros lo que os habría
sido más agradable oír: lamentarme, llorar o hacer y
decir otras muchas cosas indignas de mí, como digo, y
e que vosotros tenéis costumbre de oír a otros. Pero ni
antes creí que era necesario hacer nada innoble por
causa del peligro, ni ahora me arrepiento de haberme
defendido así, sino que prefiero con mucho morir ha
biéndome defendido de este modo, a vivir habiéndolo
hecho de ese otro modo. En efecto, ni ante la justicia ni
en la guerra ni yo ni ningún otro deben maquinar cómo
evitar la muerte a cualquier precio. Pues también en los
39a combates muchas veces es evidente que se evita la
muerte abandonando las armas y volviéndose a suplicar
a los perseguidores. Hay muchos medios, en cada
ocasión de peligro, de evitar la muerte, si se tiene la
osadía de hacer y decir cualquier cosa. Pero no es
difícil, atenienses, evitar la muerte, es mucho más di
b ficil evitar la maldad; en efecto, corre más deprisa que
la muerte. Ahora yo, como soy lento y viejo, he sido
alcanzado por la más lenta de las dos. En cambio, mis
acusadores, como son temibles y ágiles, han sido alcan
zados por la más rápida, la maldad. Ahora yo voy a
salir de aquí condenado a muerte por vosotros, y éstos,
condenados por la verdad, culpables de perversidad e
injusticia. Yo me atengo a mi estimación y éstos, a la
suya. Quizá era necesario que esto fuera así y creo que
está adecuadamente. .

Comment: En nueva votación, el tribunal ha condenado a muerte a Sócrates. Casi ochenta jueces han cambiado de opinión y han dado su voto adverso a Sócrates. El juicio ha terminado, pero mientras los magistrados terminan sus diligencias para conducirlo a la prisión, Sócrates ha podido brevemente hablar con los jueces. Platón recoge estas palabras separando las dirigidas a los que le han condenado, de las que dedica a los que han votado su propuesta.

Comment: Estas ideas expresadas aquí son las que, al parecer, han guiado el comportamiento de Sócrates durante el juicio. En ningún lugar expresa estos puntos de vista con mayor claridad.

c Deseo predeciros a vosotros, mis condenadores, lo
que va a seguir a esto. En efecto, estoy yo ya en ese
momento en el que los hombres tienen capacidad de
profetizar, cuando van ya a morir. Yo os aseguro, hom

Comment: Era creencia común que, a la hora de la muerte, los hombres adquirían cualidades proféticas.

d

bres que me habéis condenado, que inmediatamente
después de mi muerte os va a venir un castigo mucho
más duro, por Zeus, que el de mi condena a muerte. En
efecto, ahora habéis hecho esto creyendo que os ibais a
librar de dar cuenta de vuestro modo de vida, pero,
como digo, os va a salir muy al contrario. Van a ser
más los que os pidan cuentas, ésos a los que yo ahora
contenía sin que vosotros lo percibierais. Serán más in
transigentes por cuanto son más jóvenes, y vosotros os
irritaréis más. Pues, si pensáis que matando a la gente
vais a impedir que se os reproche que no viva rectamente, no pensáis bien. Este medio de evitarlo ni es
muy eficaz, ni es honrado. El más honrado y el más
sencillo no es reprimir a los demás, sino prepararse
para ser lo mejor posible. Hechas estas predicciones a
quienes me han condenado les digo adiós.

e Con los que habéis votado mi absolución me gusta
conversar sobre este hecho que acaba de suceder,
mientras los magistrados están ocupados y aún no voy
adonde yo debo morir. Quedaos, pues, conmigo,
amigos, este tiempo, pues nada impide conversar entre
40a nosotros mientras sea posible. Como sois amigos,
quiero haceros ver qué significa, realmente, lo que me
ha sucedido ahora. En efecto, jueces pues llamándoos
jueces os llamo correctamente, me ha sucedido algo
extraño. La advertencia habitual para mí, la del espíritu
divino, en todo el tiempo anterior era siempre muy
frecuente, oponiéndose aun a cosas muy pequeñas, si
yo iba a obrar de forma no recta. Ahora me ha sucedido
lo que vosotros veis, lo que se podría creer que es, y en
opinión general es el mayor de los males. Pues bien, la
b señal del dios no se me ha opuesto ni al salir de casa
por la mañana, ni cuando subí aquí al tribunal, ni en
ningún momento durante la defensa cuando iba a decir
algo. Sin embargo, en otras ocasiones me venía, con
frecuencia, mientras hablaba. En cambio, ahora, en este
asuntó no se me ha opuesto en ningún momento ante
ningún acto o palabra. ¿Cuál pienso que es la causa?
Voy a decíroslo. Es probable que esto que me ha
sucedido sea un bien, pero no es posible que lo
comprendamos rectamente los que creemos que la
muerte es un mal. Ha habido para mí una gran prueba
c de ello. En efecto, es imposible que la señal habitual no
se me hubiera opuesto, a no ser que me fuera a ocurrir algo
bueno.

Reflexionemos también que hay una gran esperanza de que esto sea
un bien. La muerte es una de estas dos cosas: o bien el que está
muerto no es nada ni tiene sensación de nada, o bien, según se
dice, la muerte es precisamente una transformación, un cambio de
morada para el alma de este lugar para aquí a otro lugar. Si es una
d ausencia de sensación y un sueño, como cuando se duerme sin
soñar, la muerte sería una ganancia maravillosa. Pues, si alguien,
tomando la noche en la que ha dormido de tal manera que no ha
visto nada en sueños y comparando con esta noche las demás
noches y días de su vida, tuviera que reflexionar y decir cuántos
días y noches ha vivido en su vida mejor y más agradable